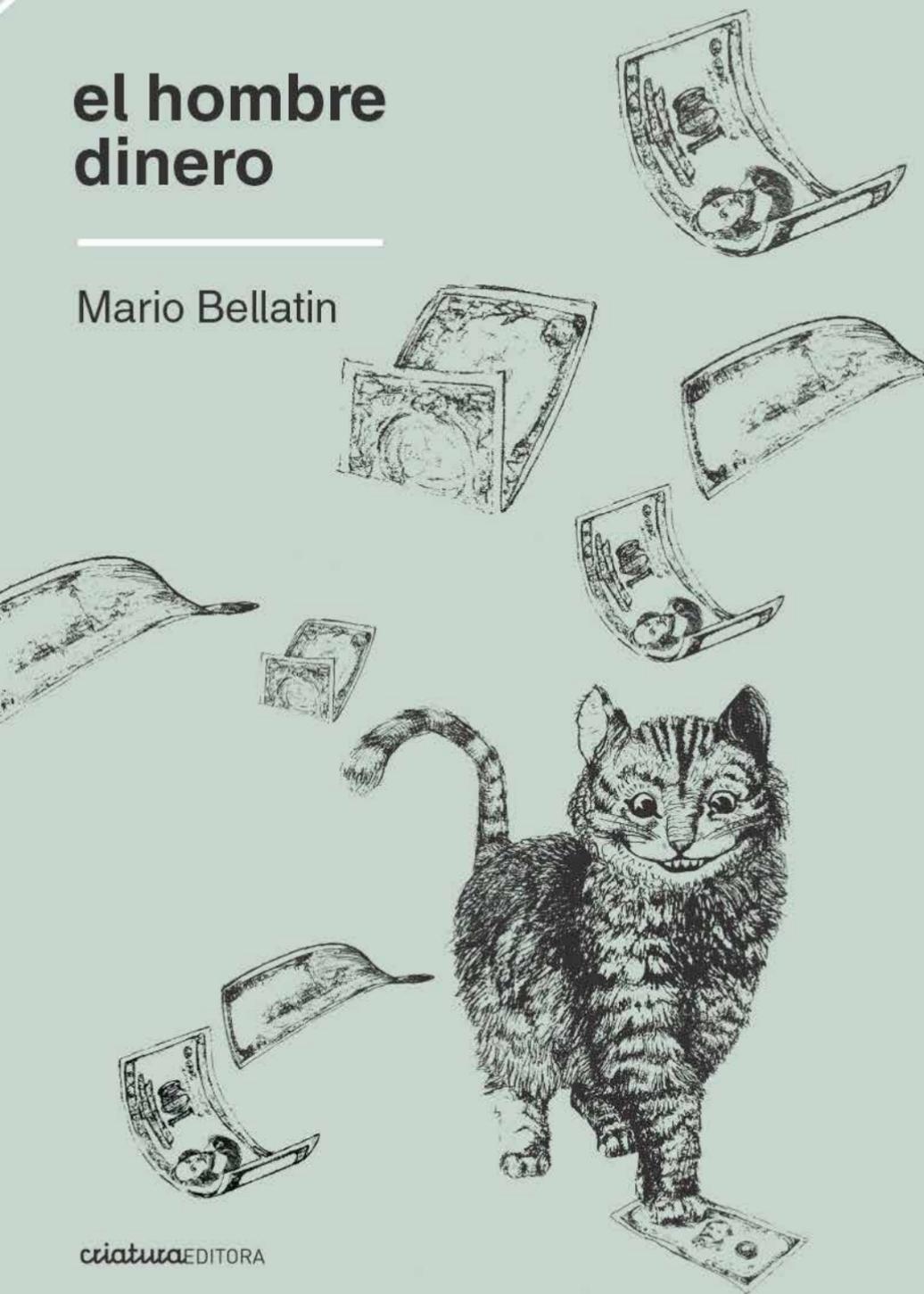


el hombre dinero

Mario Bellatin



criatura EDITORA

El hombre dinero

-

Mario Bellatin

criatura EDITORA

No deja de ser trágico que a veces me ponga a contemplar a mis galgas correr por el bosque.

No sé por qué razón, en esos momentos, suelo pensar que una de las pruebas más difíciles por las que tuvo que pasar mi madre fue regresar a su país de origen y mostrar a los suyos que el único hijo concebido era víctima de un extraño síndrome.

En ese instante tuvo que ser insoportable constatar —lo pienso ahora mientras las perras van de un extremo a otro de la floresta— que terminaba para ella una categoría determinada entre los miembros de su familia: ser considerada un elemento normal.

Mi madre dejaba atrás una existencia enmarcada en los límites propios por los que debía transcurrir la vida de una mujer joven de clase media en sus tiempos: estudiar solo la educación primaria, contar con un grupo de amigas cercanas, mantener algunos romances inocentes antes de casarse.

Pero ahora era funesto hacer frente, en el aeropuerto al que acababa de llegar, a una serie de parientes ansiosos por conocer y examinar al nuevo miembro de la familia, quien por ciertas razones había nacido en el extranjero, donde permaneció hasta los diez años de edad.

Infancia: Desde siempre supe que debía lavarme los dientes en forma continua.

Escritura: Me parece terrible que no haya una forma de expresar al monstruo, la escritura propia.

Fue un hecho ingrato que una semana después del arribo de mis padres a su ciudad de origen tuviera que visitar el hospital infantil más cercano, donde me ingresaron a una tienda de oxígeno por varios días.

Acababa de sufrir el primer ataque de asma de mi vida.

Es funesto también que se diga que esa enfermedad tiene un alto componente psicosomático.

Que se trata en realidad de una de las formas con las que cuenta el cuerpo para llorar las penas que suelen aquejarlo.

Infancia: Si no los cepillaba adquirirían un tono verdoso.

Recuerdo que un primo hermano sufría en esa época de un asma semejante.

Escritura: Desconozco el momento en que la ansiedad por escribir, cuyo fin era solo ver selladas las letras sobre una superficie, pasó a formar parte de eso que algunos llaman la obra.

No era anormal entonces que yo sufriera de lo mismo.

A partir de ese momento mi defecto más importante consistió en la imposibilidad ocasional para respirar.

El extraño síndrome que me acompaña desde mi nacimiento podía pasar a un segundo plano.

Infancia: No de un verde claro sino oscuro, a la manera de los estanques en los que crecen renacuajos o aquellas plantas de agua que casi siempre adoptan formas misteriosas.

Me parece indigno comprobar que a partir de entonces mi madre contara con el recurso necesario —el asma— para tolerar de manera pública mi ser desde una afección, de alguna manera, normalizada socialmente.

Puede parecer lamentable, pero mis bronquios cerrados fueron capaces de absolverla de una culpa impuesta tanto por ella como por su entorno.

Escritura: Nombrar a un escritor como tal permite que se tenga la sensación de que en algún punto puede ser entendible.

Ahora que veo con incomodidad correr a las galgas por el bosque me pregunto: ¿mi amor de hijo fue lo suficientemente intuitivo como para generar un mal acorde a las circunstancias que debimos sobrellevar como familia?

Hasta ahora constato con infortunio que no tengo una respuesta clara.

Infancia: Pero si alguien se atreviera a llevarme a algún lavatorio, si alguien me colocara delante de un chorro de agua y me pusiera un cepillo de dientes en la mano, huiría.

Aunque siempre es posible advertir que el asma fue la primera manifestación de defensa de la que hicimos uso para salvarnos del peligro que seguramente nos amenazaba.

Ignoro si alguien más ha apreciado como yo que los atardeceres en Times Square tienen una intensidad particular, que no se sabe bien si proviene de los cientos de personas que cruzan la esquina entre Broadway y la 42 o de los inmensos avisos publicitarios que hacen de los caminantes seres ínfimos y de los personajes en los carteles un símbolo de la exacerbación de lo humano.

La mayor parte de las veces los elegidos no son modelos profesionales.

Escritura: Lo cierto es que yo no cuento con memoria alguna respecto a mi propio ejercicio.

La mayoría son personas que aparecen tal como son en la vida diaria, quizá como una reafirmación de que lo común magnificado está al alcance de cualquiera.

Infancia: Mis dientes.

Cabría preguntarse quiénes son los que realmente participan de aquel espacio público.

¿Serán acaso los seres congelados en los avisos o los anónimos caminantes?

Quizá ninguno de ellos tenga la capacidad de reconocerse como protagonista de lo que ocurre en este lugar.

De pie en la esquina, conmigo en brazos; traté de imaginar el desconcierto de mis padres cuando les encomendaron ir a examinar semejantes carteles.

Escritura: Algunas veces he pensado que no tener registro mental de la propia escritura puede ser la razón para seguir escribiendo: poner en práctica lo que denomino El Sello de la No Memoria.

Infancia: La boca de mi familia.

En esa época intentaron que yo —un bebé— formara parte de uno de esos carteles.

Los publicistas deseaban colocar mi cuerpo a la vista de todos.

¿Para qué desearían ponerme allí?

En ciertas ocasiones trato de imaginar la sorpresa experimentada por mis padres ante la propuesta de la agencia de publicidad para que fueran a visitar semejantes carteles.

¿Cómo habrían conseguido localizar a mis padres?, seguramente fue la primera pregunta que se hicieron.

No era lógico que aquella agencia hubiese recorrido, casa por casa hasta abandonar Manhattan, buscando a una familia con un hijo que sufría determinado síndrome.

A un lugar habitado en buena parte por trabajadores foráneos —cuyo único punto de relativo interés era

un cementerio que hizo célebre el poeta William Carlos Williams—.

Escritura: Me parece absurdo tratar de dar una explicación coherente a una acción de esta naturaleza, la escritura.

La visita a los carteles fue más que suficiente para espantar a mis padres.

Era evidencia de que ellos, como pareja de inmigrantes ilegales, habían empezado a dejar de ser socialmente invisibles.

Cuando tomaron semejante decisión —la de pasar inadvertidos el resto de sus días— yo ya había sido concebido.

Antes de mi futuro nacimiento, mis padres supieron acerca de la existencia del síndrome por ciertos informes médicos.

Entonces partieron.

Abandonaron su lugar habitual de residencia.

Realizaron de manera rápida una serie de trámites burocráticos y de un momento a otro desaparecieron.

Pero ahora ya habían sido descubiertos.

La agencia de publicidad dio con nuestro paradero.

De los primeros que sospecharon mis padres fue de los responsables del archivo del hospital donde atendieron a mi madre durante el parto.

Escritura: No quiero decir, con la idea del Sello de la No Memoria, que no soy capaz de justificar hasta la última palabra publicada, explicar por qué se utilizó determinada estructura gramatical y no otra, por qué el proceso se realizó con tal precisión y certeza.

Fue en esa esquina, la de Broadway con la 42, debajo de aquellos carteles, donde mis padres tomaron la decisión de volver al lugar de origen.

Abandonarían su condición de migrantes regresando al punto del cual partieron.

Recuerdo que me contaron que el médico les dio a elegir entre la posibilidad de perder al niño recién concebido o seguir adelante con el embarazo.

Infancia: Una de las personas a las que recuerdo más claramente durante mi infancia es el Padre Felipe.

El médico aseguró que hasta antes del nacimiento no se produciría nada anormal.

Escritura: Carezco de palabras —porque no existen— para tratar de decir algo así como que lo que está presente en los libros es cierto y no al mismo tiempo.

Que el embarazo iba a ser como uno de rutina.

Inmediatamente después de haber visitado el cruce formado por Broadway y la 42 escribieron una carta a la familia contándoles que nací con un extraño síndrome.

Infancia: Recuerdo la mañana de invierno en la que los compañeros pupilos fuimos convocados en el patio principal, donde se nos informó —a través de un megáfono de reciente adquisición— que uno de los compañeros pupilos se había atrevido a mancillar el honor del Padre Felipe.

Es terrible desconocer el momento en que escribir sin un sentido preciso pasó a formar parte de eso que algunos llaman la obra, lo literario, lo que define a alguien con el término de escritor, creador, artista; elementos que permiten ser alguien clasificado, archivado, entendible.

Como señalé, pocas semanas después de nuestro arribo fui internado en un hospital infantil.

Cuando el asma tomó un rol central en mi existencia mis padres, los médicos y el entorno decidieron que llevara una vida plagada de privaciones.

Infancia: En este entonces yo vivía casi de tiempo completo en la institución dirigida por el Padre Felipe.

Entre otras actividades prohibidas no podía comer golosinas, ciertas frutas y tuve que olvidar por completo la existencia de los productos embotellados.

Mi madre afirmaba que muchos de los médicos fueron tajantes al afirmar que el gas presente en las bebidas era letal para los bronquios.

No podía, además, hacer ejercicio ni salir fuera de la casa después del anochecer.

Creo que mis padres —aquellos inmigrantes que se dedicaron durante algún tiempo a trabajar empacando ropa en una fábrica ubicada en Patterson— nunca se enteraron de que a pocas cuadras de los carteles que fueron invitados a visitar existía un centro nocturno: The Mother.

Algunos de los clientes llamaban a aquel lugar con otros nombres, pero era The Mother el que había logrado imponerse.

The Mother está ubicado cerca de uno de los muelles del río Hudson, al lado de los depósitos de carne de la ciudad.

En ciertas ocasiones, la diversión consiste en ver en escena a unos tipos apaleándose.

Al final del espectáculo suelen llevar, sobre una bandeja, un corazón de vaca que de inmediato es masticado de manera furiosa por los contrincantes.

Pese a lo que algunos pudieran suponer, aquel espectáculo incitaba más a la hilaridad que a lo perverso.

Repito, mis padres no supieron de la existencia de The Mother.

Aquella era la primera vez que mis padres visitaban Manhattan.

Infancia: Más de uno puede pensar, con todo derecho, que soy el mismo niño cuya imagen cierta vez estuvo a punto de ser colocada en uno de los carteles que se levantan entre Broadway y la 42.

Mi madre nunca se lo quiso decir a mi padre, pero durante la revisión de rutina a la que sometían a las trabajadoras a la hora de la salida, uno de los dueños de la fábrica de ropa solía revisarla más de la cuenta.

Eso lo escuché siendo niño, cuando mi madre lo conversó con una de sus hermanas.

Aquel hombre, sin embargo, por lo que sé, nunca llegó a propasarse del todo.

Infancia: El niño sufrió un ataque de asma pocos días después de llegar.

En la época en que se desató el asma no podía, además, hacer ningún tipo de deporte.

Fuera invierno o verano.

Cada una de las estaciones parecía traer consigo algo funesto, de distinta naturaleza, pero igualmente perjudicial para mi respiración.

Mi cuerpo comenzó a intoxicarse con la cantidad cada vez mayor de medicamentos —cortisona y antihistamínicos— que me debieron administrar.

En el escenario de *The Mother*, dependiendo del día de la semana, acostumbra ponerse en escena la dinámica de la relación entre el amo y el esclavo, la del niño torturado en la infancia o la de la muchacha atacada en la soledad de un terraplén.

En la puerta de entrada de *The Mother* se suelen repartir algunos volantes donde se prometen distintas acciones próximas, como recrear pronto en el escenario el placer que se puede llegar a sentir al disparar de manera indiscriminada contra alguna escuela o en lamer los pies de algún extraño escogido al azar.

Admirar ese tipo de espectáculo es sin duda más triste que ponerse a ver a las galgas correr por el bosque.

Infancia: Soy al mismo tiempo el niño que repudia el lavado de dientes y el niño que debió soportar una serie de tratamientos médicos y caseros para llevar adelante su mal.

Aunque mirar dos galgas sobre un prado verde puede ser una experiencia agradable.

Lo terrible es cuando se trata de la única escena que se está en condiciones de apreciar.

Una escena obtenida además con el propio dinero. Que no requiere ninguna circunstancia especial.

Infancia: Sé que el megáfono a través del cual nos habló el Padre Felipe era nuevo. El día que la Asociación de Madres de Familia discutió las ventajas o desventajas de adquirir un nuevo altoparlante, me tocó limpiar la sala de la institución donde se encontraban reunidas.

Para lograr la belleza del espectáculo de las galgas corriendo, se busca en algún criadero especializado un par de ejemplares a la venta. Luego no hay sino que seguir

el protocolo correspondiente de vacunas y alimentación hasta que las perras se encuentren en condiciones de desplazarse solas a campo traviesa.

Se sube a los animales al auto las veces que se desee y eso es todo.

Solo hay que conducir hasta el bosque.

Una escena prefabricada.

Las galgas acostumbran mostrarme cierto grado de lealtad, quizá porque soy tal vez la única persona que conocen.

No tienen alternativa.

Infancia: Se necesitaba un megáfono de alcance mayor.

Escritura: ¿He mencionado en algún lugar unos versos de T. S. Eliot? Háganme recordar, por favor, sobre todo estos:

He cometido fornicación
Pero fue en otro país y además
La persona ya está muerta.

Soy consciente, se trata de una obviedad, las galgas no me han escogido.

De alguna forma, algo similar ocurre con los espectáculos que promueve The Mother en las noches.

Prefabricados.

Infancia: Antes de la compra del megáfono, al Padre Felipe le hubiera sido imposible defender públicamente el honor de su madre.

Una escena obtenida con el propio dinero. Que no requiere de ninguna circunstancia especial para que suceda.

A veces, que los sucesos se den en The Mother y no en la vida cotidiana tiene sus ventajas.

Como tiene sus atributos que el único espectáculo agradable que tenga uno en la vida sea mirar correr a unas galgas por el bosque.

Infancia: Aquel día, desde temprano en la mañana, corrió el rumor de que uno de nosotros, perteneciente al grupo de compañeros pupilos, había lanzado improperios contra la madre del Padre Felipe.

Escritura: *El libro uruguayo de los muertos*. Homenajes secretos. Conversaciones absurdas con Juan Carlos Onetti, Felisberto Hernández, Marosa de Giorgio, por citar solo a tres.

Infancia: El compañero había insultado a una mujer que, según nos dijo el propio Padre Felipe, había sufrido de manera indescriptible —en el pequeño y remoto poblado de Bari, allá en Italia— la partida del hijo sacerdote a una zona remota del planeta.

Paseos diarios, comida de rutina, hasta que después de más o menos diez años se lleva a los animales al veterinario

y se solicita que se les aplique una inyección para liberarlos de sobrellevar la vejez.

Listo. Si uno cuenta con algo de vida por delante puede visitar otro criadero, elegir dos nuevas cachorras galgas y empezar el ciclo otra vez.

El Sello de la No Memoria. Una suerte de texto vacío.

Infancia: Me tomó varios años entender que la zona remota del planeta a la que se refería la madre del Padre Felipe era donde estábamos presentes.

Escritura: *El libro uruguayo de los muertos* tiene que ver con el viaje que emprendí a Montevideo con el escritor Fogwill.

Infancia: En realidad, según me enteré después, el compañero pupilo no había buscado mancillar el nombre de aquella desconocida madre sino al propio Padre Felipe.

Mis padres partieron hacia los Estados Unidos y se pusieron de acuerdo para no salir nunca del pequeño poblado donde encontraron trabajo.

Patterson.

Aquello duró hasta que una agencia de publicidad encontró su dirección y les sugirió que mi imagen formara parte de una campaña que estaba a punto de emprender.

Les propusieron a mis padres colocar una imagen, cientos de veces ampliada, de mi cuerpo desnudo en el grupo de carteles que se levantan en la esquina de Broadway y la 42.

Infancia: No vayan a creer que el Padre Felipe se dedicaba a hacer maldades así porque sí.

Escritura: *El libro uruguayo de los muertos* y la idea de una ciudad atrapada en su propio tiempo —no se sabe si pasado o futuro—.

Empleados de la agencia de publicidad les ofrecieron a mis padres llevarlos al mencionado cruce.

Tuvo que ser un domingo.

Los demás días de la semana los dedicaban mis padres al trabajo.

En efecto, pasaron a buscarlos en un auto contratado especialmente.

Infancia: En este caso en particular el Padre Felipe tan solo pretendió ser estricto.

Nos llevaron a los tres a aquella esquina de Manhattan.

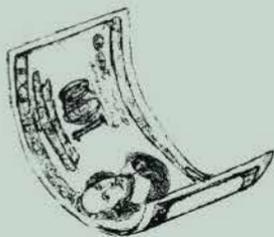
Mis padres habían sido descubiertos.

El síndrome que sufro desde que nací estaba a punto de hacerse público.



El hombre dinero

Mario Bellatin



Los antiguos libros de los muertos reunían advertencias y conjuros que el difunto necesitaría para transitar el pasaje hacia el más allá. *El libro uruguayo de los muertos*, dirigido a un destinatario de quien poco se sabe, comparte con esos textos la creencia de que la carne espera su resurrección y de que la palabra escrita trasciende los límites de la vida, libre de las imposiciones del tiempo y el espacio.

Como Alicia es guiada por un perdido conejo blanco, el lector será introducido en un universo de fantasmagorías por un remitente tan inaprensible como aquel, quien de a ratos se hace llamar Mario Bellatin.

En este mundo de apariciones y *déjà-vus* podrá encontrarse, por ejemplo, una Frida Kahlo rediviva, una familia de toreros enanos o un masajista ciego que atiende en un rincón de una populosa estación de metro.

Las imágenes se proyectarán difusas mediante el testimonio alterado de cámaras estenopeicas, que capturan las historias destellantes en rollos fotográficos que sólo pueden revelarse a través de la palabra.

Como descubre el propio texto, *El libro uruguayo de los muertos* es «una suerte de pueblo fantasma, congelado dentro de las características particulares de sus propios habitantes. Unos seres desconcertados que no son otros que las palabras».

ISBN: 978-9974-8419-8-7



9 789974 841987